

EL ilustre médico compostelano, Domingo García Sabell, gran escritor y ensayista prestigioso, me ha favorecido con el libro de Alvaro Cunqueiro "Escola de Menciñeiros".

El libro, escrito en gallego, está prologado en la misma lengua por García Sabell, al estilo de Marañón u Ortega y Gasset, que muchas veces nos dejaban perplejos, sin saber qué era lo mejor, si el libro o el prólogo. De éstos puede decirse que son a cual mejor y ambos una feliz demostración del alma de su tierra.

El curanderismo tiene en Galicia matices muy singulares, en relación con las cualidades de las gentes, de la tierra y del clima, pero en realidad no es más que una parte de esa frondosa rama del árbol de nuestra vida, que extiende su sombra por toda la península y "aínda mais"

La Mancha precisamente se mantiene en la línea primitiva, porque el hombre no se desprende tan aínas de los métodos primeros y el mito y la magia, que por razón natural fueron el punto de partida de los procesos analíticos que crearon las ciencias, perduran vivos en nuestras almas como aprecia el médico a diario, porque si nó no se comprendería que en ciertos momentos, hasta las personas más instruidas y mejor preparadas, le acucien emocionadas con esperanzas que escapan a la razón

y que son reminiscencias ancestrales de la magia indeterminada que se invoca con anhelo y se quisiera ver surgir en esos instantes.

Nadie puede extrañarse de este senti-

CURANDEIROS

miento milenario que la vida ha ido dejando en el fondo del alma humana, al que se deben, por increíble que parezcan, los sucesos que se siguen observando de continuo en su pristina lozanía.

Es manifiesta la apreciación, inconfesada pero muy general, de que la medicina es una ciencia de iluminados y llega al desideratum cuando la encarna una persona completamente ignorante o falta, pues la gracia está en que esa persona se aventure en los misterios del cuerpo humano, como el ciego que camina por las calles de la gran ciudad, sin romperse la crisma y entre un predestinado, que nació con aquella señal de su gracia y un profesional cualquiera sin vocación, la confianza estará siempre de parte del virtuoso elegido por el destino que, invariablemente refrenda o corrige las prescripciones del primero.

El curanderismo, como todo lo que se refiere a la vida real, difiere de unos sitios a otros, en la medida que difiere el hombre que es su ejecutante, aunque en el fondo sea la misma cosa e idénticos los anhelos y las necesidades humanas. Dentro de su poder mágico, el curandero gallego descubrirá en su acto el fondo de humor flemático y marrullero de la raza que dejará al paciente hundido a fuerza de razón, de lógica y de intuídas percepciones llenas de misterio. La curandera manchega los deslumbrará con la alucinación quijotesca, con su espantado mirar o con la socarronería sanchopancesca.

Hay también cambios impuestos por los tiempos.

Entre la Tía Antoñona, la Gorgusa, la Cutimaña y las curanderas actuales media un abismo. Las modernas carecen de personalidad. Su espíritu creativo es nulo y sus medios, recetando de la botica, que por carecer de misterio volatiliza el quid divino, marcan una declinación segura. Si quitas los menjurjes, los polvos de la hermana Celes-